

na, deseo también manifestar mi voluntad — a la que pido que se asocie la voluntad de los obispos y de todos los que desarrollan el ministerio pastoral en la Iglesia — de facilitar su vuelta a la comunión eclesial a través de las medidas necesarias para garantizar el respeto de sus justas aspiraciones.

6. Habida cuenta de la importancia y complejidad de los problemas indicados en este documento, en virtud de mi autoridad apostólica, establecemos lo siguiente:

a) Se constituye una *Comisión*, con la tarea de colaborar con los obispos, con los dicasterios de la Curia Romana y con los ambientes interesados, para facilitar la plena comunión eclesial de los sacerdotes, seminaristas, comunidades, religiosos o religiosas, que hasta ahora estaban ligados de distintas formas a la Fraternidad fundada por el arzobispo Lefebvre y que deseen permanecer unidos al Sucesor de Pedro en la Iglesia católica, conservando sus tradiciones espirituales y litúrgicas, según el protocolo firmado el pasado 5 de mayo por el cardenal Ratzinger y por el arzobispo Lefebvre;

b) esta Comisión está formada por un cardenal Presidente y por otros miembros de la Curia Romana, en el número que se considere oportuno según las circunstancias;

c) además, se habrá de respetar en todas partes, la sensibilidad de todos aquellos que se sienten unidos a la tradición litúrgica latina, por medio de una amplia y generosa aplicación de las normas emanadas hace algún tiempo por la Sede Apostólica, para el uso del Misal Romano según la edición típica de 1962.⁹

7. Al acercarse ya el final de este Año dedicado especialmente a la Santísima Virgen, deseamos exhortar a todos para que se unan a la oración incesante que el Vicario de Cristo, por intercesión de la Madre de la Iglesia, dirige al Padre con las mismas palabras del Hijo: *Ut omnes unum sint*.

Dado en Roma, junto a San Pedro, día 2 del mes de julio del año 1988, X de Nuestro pontificado.

JOANNES PAULUS II

⁹ Cf. Congregación para el Culto Divino, Carta *Quattuor abhinc annos*, 3 de octubre de 1984: *AAS* 76, 1984, 1.088-1.089.

Instrucción Pastoral de los obispos de Monterrey, en torno a las corrientes ideológicas Lefebvrianas*

A todos los presbíteros, religiosos, religiosas, fieles cristianos y a todos los hombres de buena voluntad en nuestra arquidiócesis de Monterrey, paz y bien:

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Hacemos nuestras las palabras del Apóstol San Juan: “Queridos, no se fíen de cualquier espíritu, sino examinen si los espíritus vienen de Dios, pues ya han salido en el mundo muchos falsos profetas” (I Jn. 4,1). Nuestro deber como Pastores, nos impele a ponerles en guardia contra quienes han querido confundir y dividir nuestro pueblo, con campañas en favor del movimiento cismático de Mons. Marcel Lefebvre. Estos, primero de un modo velado y ahora abiertamente, han ido realizando una propaganda proselitista sin ninguna consulta de los pastores legítimos de esta Arquidiócesis, mostrando que son como el salteador y bandido que “no entra por la puerta del redil, sino que escala por otro lado” (Cfr. Jn. 10. 1).

En efecto, de tiempo acá, se ha venido editando en nuestra ciudad una revista de nombre “Integridad” de fuerte tendencia tradicionalista, que ha sostenido los errores de Mons. Lefebvre, atacando las directrices del Concilio Vaticano II y de los últimos Sumos Pontífices. Ha habido también quienes simpatizan con este movimiento, llegando incluso a patrocinar a sacerdotes, extranjeros para

* Gobierno Eclesiástico del Arzobispo de Monterrey, Protocolo 281/88.

que en algunas casas celebren misas que nunca hemos autorizado. Con éstas y otras reuniones tratan de difundir sus errores. Son dados a aprovechar cualquier situación eclesial que se presente en ésta y otras diócesis del país, para crear dudas y división.

Ultimamente su propaganda ha sido más abierta. El pasado domingo 7 de febrero, se transmitió en un conocido programa de la televisión local, un reportaje tendencioso y acrítico, así como una entrevista con un supuesto sacerdote, llamado Juan Miguel Faure, de origen argentino y miembro de la "Fraternidad de San Pío X" fundada por Mons. Lefebvre.

Nuestros sacerdotes han constatado que el citado programa causó indignación en la mayoría de los fieles, pero no dejó de suscitar cuestionamientos en las personas menos informadas. Algunas de ellas han aclarado sus dudas acudiendo a sus párrocos. Nos preocupan, sin embargo, los católicos que aún no han tenido la oportunidad de hacerlo. De allí la necesidad de clarificar, mediante esta instrucción, los puntos de mayor trascendencia.

I. La historia de Mons. Lefebvre: su camino hacia el cisma

Mons. Marcel Lefebvre fue uno de los obispos que asistieron al Concilio Ecuménico Vaticano II, convocado por el Papa Juan XXIII en 1959 y celebrado en cuatro sesiones durante los años 1962-1965. Conforme el Papa Pablo VI, de feliz memoria, fue aplicando los lineamientos del Concilio, la inconformidad de Mons. Lefebvre se fue haciendo manifiesta. De las críticas a las reformas conciliares pasó a la franca desobediencia.

Debido a ésto, el obispo de Laussana, Suiza, le retiró el permiso de continuar teniendo en su diócesis, la organización que había fundado con el nombre de "Fraternidad de San Pío X". En mayo de 1976, el Papa Pablo VI le llama públicamente al orden y a buscar el bien de la Iglesia.

En vista de su obstinación, en junio del mismo año, la Santa Sede le prohibió ordenar más sacerdotes. Sin embargo, Mons. Lefebvre desobedeció, ordenando a los pocos días 13 sacerdotes más, educados en su organización.

Es entonces (22 de julio de 1976), cuando Mons. Lefebvre queda "*suspendido a divinis*", o sea, impedido de celebrar lícita-

mente los sacramentos. El cánón 1382 del Código de Derecho Canónico, extiende esta “suspensión” a los sacerdotes ordenados de modo ilegítimo.

A pesar de los esfuerzos de diálogo del Papa Pablo VI y ahora de S.S. Juan Pablo II, Mons. Lefebvre sigue aferrado en sus posturas. Los Papas, siguiendo el ejemplo humilde de Cristo el Buen Pastor, que busca reunir a todos en un solo rebaño (Jn. 10,16) han tratado el problema con suma delicadeza, buscando no quebrar la caña resquebrajada, ni apagar la mecha vacilante (cfr. Is. 42,3). Hasta ahora no han declarado ninguna “excomunión” para no exaltar más su ánimo ofuscado y ofrecerles así más tiempo para la conversión. Algún fruto ha traído tanta paciencia, pues no son pocos los sacerdotes y seminaristas que han abandonado la causa de Mons. Lefebvre.

Quizás muchos de sus adeptos — sobre todo seculares de otras partes del mundo — se sienten atraídos a este grupo, más bien por cierta nostalgia del culto exterior de la liturgia católica (ornamentos suntuosos, belleza del canto gregoriano o polifónico, uso del latín, etc.). Algunos le siguen en su ignorancia, movidos de buena fe. Quizás no se den cuenta que pertenecen a un grupo cismático que ha roto con la comunión de la caridad y la obediencia al Sumo Pontífice (cfr. C.I.C., cánón 751) y solo por esa ignorancia se han salvado de la pena automática de “excomunión” en que incurrirían los que se adhieren a un grupo cismático (cfr. C.I.C., canón 1364).

Sin embargo, quienes encabezan este movimiento, difícilmente pueden argumentar ignorancia, en especial Mons. Lefebvre y los sacerdotes por él ordenados, quienes han tenido acceso a los estudios teológicos y saben bien que la “*suspensión a divinis*” prohíbe absolutamente que el ministro suspendido celebre lícitamente los sacramentos y no se reduce — como engañosamente afirmó el P. Faure en la entrevista — a una prohibición para celebrar “en público”. El mismo P. Faure, alegando que sólo celebran “en privado”, se contradijo inmediatamente, cuando explicó que en algunas partes del mundo, tienen ya templos propios para sus celebraciones “públicas”.

Es importante que los fieles de nuestra Arquidiócesis, sepan que todos los Sacramentos por ellos celebrados, son ilícitos y cometen grave pecado los que participan en estas celebraciones. Deben saber, además, que para los Sacramentos que requieren de jurisdicción o delegación expresa del propio Obispo (tales como el Sacra-

mento de la Reconciliación y el Matrimonio) las celebraciones no sólo son ilícitas, sino inválidas. De tal manera que quienes acuden a ellos, ni quedan perdonados, ni quedan casados. Así lo han entendido obispos de Francia y Brasil, que han declarado nulos todos los matrimonios celebrados ante ministros partidarios de Lefebvre.

II. Equívocos en torno al Magisterio de la Iglesia

El P. Faure sostuvo que no estaban obligados en conciencia a seguir las indicaciones del Concilio Vaticano II, ni de los últimos Papas, porque consideraba que el Magisterio “ordinario” se puede equivocar, argumentando que los Papas Paulo VI y Juan Pablo II no han hablado “ex-cathedra”. Según él, tanto el Concilio Vaticano II como los Papas recientes han sido infieles a la tradición secular de la Iglesia, de la que ellos se dicen tenaces defensores.

Todos estos juicios son falsos y tendenciosos, y conllevan un gran riesgo para la fe de nuestros católicos. El P. Faure niega el valor del Magisterio Ordinario de la Iglesia: parecería necesitar definiciones dogmáticas para poder creer. Grandes convicciones de fe cristiana no han necesitado jamás una definición (Dios es amor, la excelencia del mandamiento del amor al prójimo, etc.). Como en la vida familiar, los hijos saben obedecer y seguir el ejemplo de sus padres, aun cuando éstos no les den órdenes explícitas. Del mismo modo, todos los cristianos debemos obediencia y respeto a todas las orientaciones del Magisterio Ordinario. Lo opuesto sería cercenar gravemente nuestra fe, reduciéndola a las solas verdades definidas.

Es cierto, por otra parte, que el Concilio Vaticano II no se propuso como objetivo “definir” verdades de fe que necesitaran confirmación. En esto buscó ser prolongación de las enseñanzas de muchos Santos Padres y Concilios frecuentemente citados o aludidos en los textos conciliares. Sin embargo, se trata de un concilio con carácter universal, el número 21 dentro de los concilios ecuménicos que ha tenido la Iglesia a lo largo de veinte siglos. Tiene, por tanto, calidad de Magisterio Extraordinario. Quien no obedeciera sus lineamientos o los lineamientos que luego la Santa Sede ha ido emitiendo para aplicar los grandes principios conciliares, desoye la voz del Espíritu Santo que inspiró al Papa y a los más de dos mil obispos allí reunidos.

El P. Faure dijo querer defender la doctrina tradicional católica, e incluso afirmó que la fe católica está apoyada en el Primado de Pedro y sus sucesores. Según esa misma doctrina tradicional, de-

bería recordar que ni siquiera el Concilio está en un caso hipotético por encima del Papa (herejía del “conciliarismo”). Y, sin embargo, da mayor crédito a un obispo aislado (Mons. Lefebvre), constituyéndose como un magisterio superior al Magisterio del Papa y del Concilio, juzgándolos infieles a la tradición. Semejante absurdo era señalado ya por el Papa Paulo VI como inconsistente y falso.

III. Los frutos del Concilio Vaticano II

El P. Faure, para justificar su ataque al Magisterio, achacó al Concilio Vaticano II todos los males de la Iglesia actual: (falta de sacerdotes, falta de fe, de formación de la fe).

Debemos aclarar que el Concilio no causó los males del mundo, sino que enfrentó la crisis de valores que ya existía. Puso de manifiesto la crisis de fe y la falta de evangelización de muchos pueblos, tradicionalmente cristianos. El Espíritu y las normas del Concilio Vaticano II desencadenaron el proceso de evangelización y profunda renovación que estamos viviendo.

Es cierto que en los primeros años del postconcilio pudo haber más o menos confusión ante los nuevos planteamientos y recomendaciones pastorales del Concilio. Hubo quizá también quienes pecaron de extremismo o excesos al aplicarlo. Sin embargo, podemos decir que la experiencia postconciliar ha sido discernida, juzgada por sus frutos: la mayoría de los fieles ha ido asimilando las reformas litúrgicas en una participación más activa y fructuosa; los católicos han ido descubriendo la sabiduría de las perspectivas conciliares de cara al mundo contemporáneo; los seminarios se han vuelto a llenar. Nuestro Seminario Arquidiocesano cuenta actualmente con la cifra récord de 175 alumnos.

Apenas comenzamos a ver los frutos de este Concilio según las distintas situaciones de cada país, y la adecuada aplicación de las directivas conciliares, se irán palpando progresivamente muchos otros beneficios.

IV. La tradición y las tradiciones en la liturgia

También en tiempos de Jesús, había quienes confundían la Tradición recibida por Revelación de Dios al Pueblo de Israel, con las tradiciones humanas, que son secundarias, temporales, variables y que deben aceptarse en la medida en que son expresiones concre-

tas de la única Tradición. El Señor Jesús recriminó a los fariseos por ésto: “habéis anulado la Palabra de Dios en nombre de vuestra tradición” (Mt. 15,6).

Acusa el P. Faure al nuevo ritual de Pablo VI, de infidelidad a la Tradición, recomendando el uso del latín en la liturgia como medio de asegurar la tradición evangélica.

Olvida el P. Faure que la Tradición Apostólica se ha conservado en la Iglesia Católica, no gracias al uso de una lengua inalterable, falso supuesto, pues también el latín ha evolucionado, sino a la asistencia del Espíritu Santo, a través del Magisterio de la iglesia quien vigila por la integridad de la fe, discerniendo lo que pertenece al sagrado depósito de la fe, aceptando sólo lo que está conforme al espíritu de las palabras del Señor y de los Apóstoles.

Recordemos que la Eucaristía fue celebrada por Nuestro Señor no en latín, sino en arameo. La Iglesia, fiel al mandato de Jesús, celebró su memorial adaptándose a los pueblos que evangelizaba. Así usó el sirio y luego el griego, así como otros idiomas. En Roma misma hasta el siglo III se usaba el griego, lengua muy extendida en esa época. Se pasó luego a la lengua latina: lo cual no obstó para que en el siglo VII se usara en Roma una liturgia bilingüe debido a la presencia de comunidades griegas en esa ciudad.

Al extenderse el imperio romano a los pueblos bárbaros, la Iglesia usó el latín, su lengua común, como vehículo de evangelización. Con el paso de los siglos fueron emergiendo y madurando las lenguas europeas. A pesar de este dato, el Concilio de Trento (1545-1563) consideró que no convenía celebrar la liturgia “de ordinario” en las lenguas de su tiempo (Dz. 946), parte porque el latín todavía gozaba de cierta popularidad, y parte porque podría parecer que la Iglesia reconocía los postulados heréticos de los protestantes (Dz. 956).

Conforme se fue diluyendo el peligro de confundir el uso de la lengua vernácula con la tesis protestantes y, por otra parte, se fue sintiendo la urgencia de que los fieles tuvieran acceso a una adecuada evangelización y a la comprensión de lo que oraban, los Papas Pío X, Pío XI, y Pío XII fueron buscando hacer reformas a los rituales que se usan en las celebraciones. De 1930 en adelante se va autorizando el uso de textos bilingües y se conceden excepciones para no usar el latín en algunas partes de la Misa.

El Concilio Vaticano II vino a culminar este proceso, abriendo la posibilidad de que las conferencias episcopales de cada territorio, de acuerdo con la Santa Sede, pudieran normar para sus territorios el uso de la lengua del propio lugar (SC. 36, 2-3). Esto no elimina la posibilidad de seguir usando el latín en ceremonias donde parezca oportuno (SC. 36, 1). De hecho el Papa celebra con frecuencia en latín, cuando se encuentra ante peregrinos de muy distinta nacionalidad.

A pesar de esta diversidad de lenguas y de siglos de cristianismo, el mensaje de las palabras de Jesús ha permanecido inalterable. A la Santa Sede y a las conferencias episcopales toca vigilar para que las traducciones de los rituales sean fieles a la Tradición de los Apóstoles.

Así por ejemplo, a la objeción planteada por el P. Faure, que acusa a la Iglesia de haber alterado las palabras de la consagración, traduciendo supuestamente mal las palabras latinas “pro multis”, debemos recordar que a diferencia de los relatos eucarísticos de San Lucas y San Pablo (I Corintios), San Mateo y San Marcos usan la expresión “por muchos” (“pro multis”), para subrayar que Jesús salva una “multitud” o “muchedumbre”, en consonancia con la misión del Siervo sufriente de Is. 53,12.

El término “muchos” es pues un modo de hablar de los hebreos que designa una multitud y que no necesariamente implica la exclusión de algunos, como pudiera pensarse. San Pablo en I Tim. 2, 3-5 nos recuerda la auténtica interpretación: “Dios quiere que todos los hombres se salven...” y hay un solo Mediador, Cristo Jesús que se entregó a sí mismo en rescate por todos. La Iglesia en los rituales de todas las épocas debe mantener esta verdad de fe. Si hoy ya no se entiende el hebraísmo “por muchos” el nuevo ritual busca ser fiel, recitando “por todos los hombres”.

Detrás de la insistencia de los tradicionalistas en el uso exclusivo del latín, parecen esconderse otros intereses de tipo político y social: se busca mantener al pueblo en la ignorancia de la Palabra de Dios y de una evangelización más profunda, que podría ayudarles a madurar también en muchas otras áreas de la vida humana.

Con respecto de los Rituales, se nota la mala fe del P. Faure, cuando tergiversa la realidad. Ni el Concilio ni el Misal Romano promulgado por Pablo VI condenan o declaran erróneo el Ritual,

que promulgara S. Pío V, siguiendo las recomendaciones de otro concilio igualmente importante (el de Trento). Con la misma autoridad de su predecesor, el Papa Pablo VI aconsejado por obispos y peritos, ofreció a toda la Iglesia nuevos libros para la Eucaristía y los demás Sacramentos, enriquecidos con textos y oraciones de la tradición milenaria de la Iglesia.

Así, el “Canón Romano” que antes aparecía como único en el Ritual de S. Pío V, ahora aparece en el Misal Romano, al lado de otras Oraciones Eucarísticas, de igual validez y contenido e incluso de mayor antigüedad (cfr. Anáfora II y la Tradición de S. Hipólito).

A pesar de la riqueza del nuevo Ritual, el Papa Pablo VI, concedió permiso a los sacerdotes ancianos de seguir usando los rituales que habían manejado durante su ministerio anterior al Concilio. Actualmente, en Monterrey todos los Sacerdotes — aún los de 80 año o más— usan el Ritual nuevo.

Ha sido más bien Mons. Lefebvre quien ha atacado la Tradición Apostólica, al condenar sin más los textos litúrgicos de Pablo VI.

V. Ecumenismo

El P. Faure acusó también a la Iglesia Católica de deformar la fe, por el hecho de que se hagan ceremonias de Matrimonios Mixtos, o porque se fomente el diálogo con los cristianos protestantes o con otras religiones.

Por el contrario, quien está seguro de su verdad no teme exponerla fielmente ante todos. Porque se dialogue, no necesariamente se cambian las propias convicciones. El diálogo con los hermanos separados busca el buen entendimiento y la tan deseada unidad que Cristo quiso para los bautizados.

En cuanto a los no bautizados, la Iglesia desde la antigüedad, ha sabido descubrir “las semillas del Verbo” (expresión de San Justino) que el Espíritu de Dios ha sembrado en la conciencia de los hombres de buena voluntad, sean de la religión que sean. Esto no quita la obligación que tiene todo hombre de dar su adhesión de fe, al Evangelio de Cristo adecuadamente presentado, pero si ellos se encuentran en una ignorancia no culpable, no podemos sin más condenarlos.

La reunión de líderes de todas las religiones del mundo, convocada por el Papa Juan Pablo II en Asís, buscaba dar al mundo un signo bello y elocuente, de que deben desaparecer todas las guerras abanderadas por diferencias religiosas, y de que, cada hombre sincero, que busca la verdad y el bien de la humanidad puede encontrar en su propia religión un impulso para realizar la paz en el mundo.

Así lo expresó el Santo Padre, puntualizando:

“El hecho que hayamos venido aquí no implica intención alguna de buscar entre nosotros un consenso religioso o de entablar una negociación sobre nuestras convicciones de fe. Tampoco significa que las religiones puedan reconciliarse a nivel de un compromiso unitario en el marco de un proyecto terreno que las superaría a todas. Ni es tampoco una concesión al relativismo en las creencias religiosas, ya que cada ser humano ha de seguir con sinceridad su recta conciencia con la intención de buscar y obedecer a la verdad.

Nuestro encuentro testimonia — y éste es su significado para los hombres de nuestro tiempo— que en la gran batalla en favor de la paz, la humanidad, con su gran diversidad, debe sacar su motivación de las fuentes más profundas y vivificantes en las que se plasma su conciencia y sobre las que se funda la acción moral de toda persona”. (Alocución del 27 de Oct. de 1986, cfr. *L'Osservatore Romano*, No. 44, pág. 931).

El P. Faure hirió gravemente la fe, así como el afecto que los católicos regiomontanos tenemos para con el Papa Juan Pablo II, cuando insinuó que la reunión de Asís hacía sospechar que el Papa fuera el “anticristo”. Como lobo, en medio de corderos, negó que Mons. Lefebvre hubiera hecho una declaración semejante, pero el P. Faure así lo dió a entender. Todo esto confirma su desobediencia al Papa y el uso engañoso que hace de las Escrituras.

En la Biblia, la palabra “anticristo” designa a todos aquellos hombres que se oponen al establecimiento del Reino de Cristo, sean de la época que éstos sean. El Apóstol San Juan los detectaba ya en su tiempo (I Jn. 2, 18-22; 4, 3; II Jn. 7), y se refería precisamente a los que rompían la comunión: “Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros”. Es cierto que esta oposición al Reino de Cristo se recrudecerá al final de los tiempos, pero podemos detectar su presencia en los cismas, herejías y persecuciones que ha sufrido la Iglesia a lo largo de su historia (II Tes.2, 1-7).

VI. Otros errores

Además de todo lo dicho, el P. Faure, difundió una serie de errores buscando confundir a los televidentes:

A) Acusó a la Iglesia de estar realizando “divorcios” en contra de la Ley de Cristo.

Habría que recordarle la diferencia entre “anulaciones” (en los casos en que nunca hubo un matrimonio real) y los divorcios. Si en algún tribunal eclesiástico se diera el caso de abusos en la declaración de nulidad matrimonial, es a la autoridad legítima — al Papa y la Santa Sede— a quien corresponde vigilar por la recta administración de la justicia, basándose en documentos fidedignos y no en acusaciones gratuitas de anónimos.

B) Afirmó que los sacerdotes eran sólo “presidentes de asambleas” y ya no los que “ofrecían el Santo Sacrificio”.

Totalmente falso. En la Iglesia, el sacerdote ministerial siempre ha tenido la triple función de Ministro de la Palabra, del Sacrificio y la Caridad. Es cierto que en cada época, se ha ido poniendo de relieve, un aspecto y otro según las culturas y necesidades, por ejemplo, celebrar de espaldas al pueblo, puede resaltar el aspecto sacrificial; hacerlo de cara al pueblo, manifiesta mejor la presidencia de la asamblea, como lo hizo Cristo en la Última Cena, pero no por eso se niega la dimensión de Sacrificio. Siguiendo la lógica del P. Faure, el mismo Señor Jesús, se habría equivocado, al instituir la Sagrada Eucaristía.

C) Finalmente, a propósito de la crítica que el P. Faure hizo de la actual disciplina sobre el uso de la sotana o hábito talar, que ahora se ha dejado a la legislación de las conferencias episcopales, de acuerdo a las necesidades de cada nación, el citado sacerdote dejó traslucir un concepto nada evangélico sobre la distinción entre lo “sagrado” y lo “profano”: para él, “lo profano” es “el mundo que nada tiene que ver con la religión”.

Este es quizás uno de los peligros más preocupantes: al reducir “lo sagrado” a lo “clerical”, se niega la consagración bautismal de todo el pueblo cristiano y se propicia una dicotomía entre la fe y la vida, como si hubiera algún campo de la vida humana en donde la fe nada tuviera que decir. Con esto se niega la gran Tradición Apostólica que siempre confesó la verdad de la Encarnación del Hijo

de Dios, en la que se asume todo lo que hay en el hombre, menos el pecado. Desde la Encarnación no existe realidad humana que no tenga algo que ver con la vivencia del Reino de Dios y la santidad a la que todos estamos llamados por el Bautismo.

El P. Faure parece querer reducir la vivencia de la fe a algo intimista, como si los cristianos pudieran dejar de cumplir el precepto de Cristo: de ser luz del mundo, sal de la tierra, fermento en la masa.

VII. Exhortación final

Invitamos a todos los presbíteros, nuestros necesarios colaboradores, para que orienten a los fieles en una intelección cada vez más profunda y fructuosa de las normas y el espíritu renovador del Concilio Vaticano II.

Procuren atender con paciencia y caridad a aquellos hermanos que pudieran presentar alguna dificultad para asimilar y participar en la pastoral de nuestras parroquias.

Exhortamos también a todos los fieles de la Arquidiócesis, que eleven plegarias al Señor por Mons. Lefebvre y sus seguidores, para que el Señor les conceda reencontrar la verdad, y que puedan algún día regresar a la Casa del Padre, en la comunión con toda la Iglesia Católica.

Que el Señor nos bendiga a todos con los dones de la Paz, la Unidad y el Amor.

ADOLFO SUAREZ RIVERA

Arzobispo de Monterrey

ALFONSO HINOJOSA BERRONES

Obispo Aux. y Vic. Gral.
de Monterrey

JOSE LIZARES ESTRADA

Obispo Aux. y Vic. Gral.

de Monterrey

HERNAN ZAMBRANO MARGAIN, PBRO.

Canciller